

RÉGINE PERNOUD

LA REINA BLANCA
DE CASTILLA

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JOSÉ RAMÓN MONREAL

BARCELONA 2013



A CANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *La Reine Blanche*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1972 by Éditions Albin Michel
© de la traducción, 2013 by José Ramón Monreal Salvador
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Cubierta realizada a partir del cojín de Blanca de Castilla

ISBN: 978-84-15689-61-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 6989-2013

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *junio de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

LA HABITACIÓN
DE LAS DAMAS

A principios del siglo XIII, en el año 1200, son las mujeres las que hacen la Historia. Una Historia borrascosa donde las haya. Durante todo el período feudal—el que se inicia con el reinado de Hugo Capeto y termina con Felipe el Hermoso y sus hijos—difícilmente se encontrará un período más turbulento que el de los primeros años de la reina Blanca en la corte de Francia, aquellos que hicieron de la chiquilla una mujer.

Toda su vida iba a estar marcada por los acontecimientos dramáticos que se desarrollaron entre sus doce y sus veinte años; todo su reinado iba a estar consagrado a resolver y apaciguar las violencias que lo agitaron. Y tales violencias son provocadas (aunque es cierto que a veces de forma involuntaria) por unas personas que responden a los nombres de Leonor, Isabel, Constanca e Isambur.

En la época de su encuentro con Hugo de Lincoln,¹ Blanca no es, sin embargo, más que una chiquilla despreocupada. Había nacido doce años antes, el 4 de marzo de 1188, en un castillo de Palencia, en Castilla, donde pasó la mayor parte de su infancia. Su madre, Leonor de Castilla, debió de contarle a menudo que ella misma había abandonado los lugares de su infancia: Poitiers, Inglaterra, Normandía, donde naciera, para venir a Castilla a fin de unirse en matrimonio con el rey Alfonso VIII, llamado el Noble. Su

¹ Véase *Magna Vita Sancti Hugonis. The Life of S. Hugh of Lincoln*, editado por Decima L. Douie y Hugh Farmer, Londres-Nueva York, 1961, 2 vols., en octavo, t. II, p. 156.

madre, Leonor de Aquitania, la había acompañado. Pero lo que Blanca no podía adivinar era que un día esta misma reina Leonor de Inglaterra vendría a su vez a buscarla a ella para realizar en sentido inverso el peregrinaje de su vida.

La corte de Castilla era alegre y animada. Se encontraban en ella los más grandes juglares de su tiempo. Blanca, en su infancia, había oído cantar a Giraut de Borneil, a Uc de Saint-Circ y a Folquet de Marsella, antes de que éste se hiciera monje en la abadía del Thoronet. Había reído con sus dos hermanas al enterarse de que Guillem de Berguedà suspiraba por su madre, a quien le dedicaba poema tras poema. Había aplaudido con ellas a Guiraut de Calanson, a Perdigon y al famoso Peire Vidal; y formaba parte de esas doncellas que, en la corte de Alfonso, se habían apresurado a aprenderse de memoria una canción de Ramón Vidal de Besalú, *Castiagilos*; ese rey de Castilla del cantar, que

*De prix était couronné
et de grand sens et de liesse
et de valeur et de prouesse*

[Coronado de galardones | de gran cordura y de entusiasmo | de valor y de hazañas].

no era otro que su padre; y esa reina, modesta, espléndidamente vestida con un manto de seda encarnada, orlado de plata y bordado de oro, era su madre.²

Alfonso y Leonor formaban una pareja feliz. Su corte era la más cultivada de Europa—sobre todo desde que se había disuelto la de Poitiers—y, de no haber existido la perpetua amenaza mora sobre Castilla, la más alegre.

Esta amenaza sarracena Blanca la había vivido siendo ya

² Cf. Bezzola (R.), *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident*, 3.^a parte, 11, p. 343.

muy niña: contaba siete años cuando los ejércitos de su padre habían sido vencidos en el campo de batalla de Alarcos. Dos años más tarde, su hermana mayor, Berenguela, les había dejado para casarse con el rey Alfonso de León. Las tres estaban prometidas a tener ilustres alianzas, y Blanca no se había sorprendido en absoluto al enterarse, en los primeros días del año 1200, de que su hermana, Urraca, iba a casarse con el heredero de Francia, el joven Luis. En pleno invierno castellano, cuando el viento sopla sobre la piedra de un color claro impoluto de iglesias y castillos, la reina Leonor de Inglaterra—de ochenta años, pero siempre con ese aspecto de amazona que arrostra las tempestades—había llegado a Palencia con el arzobispo de Burdeos, Elías de Malemort, y todo un séquito de caballeros, de arqueros y de clérigos. Blanca había visto llegar con intensa curiosidad a esa gran dama cuya fama se extendía por todo Occidente: ¿no había sido alternativamente reina de Francia y de Inglaterra? ¿No había cabalgado por Oriente contra los infieles? ¿No habían celebrado sus prendas los más grandes trovadores? ¿No se había inclinado el mismísimo emperador germano ante ella cuando fue en persona a reclamarle la libertad de su hijo, el rey Ricardo?

Y he aquí que, ahora, la anciana reina hacía su aparición en la corte de Castilla.

Ésta había prolongado su estancia allí durante varias semanas. Primero taciturna y como abatida por unas preocupaciones que a cualquier otro que no fuese ella hubieran abrumado—acababa de perder a Ricardo, su hijo favorito, y no podía ver sin aprensión que le sucedería su hijo menor, Juan sin Tierra—, pareció distraer poco a poco su ánimo al encontrarse con su hija, sus nietos y esa atmósfera amable de la corte de Castilla. Se entretenía a menudo con sus nietas y parecía tomarle cariño a ella, Blanca. Un día, no sin asombro, ésta se enteró de que era a ella y no a su hermana

a quien se invitaba a ir a Francia para unirse en matrimonio con el joven Luis. ¿Por qué? El círculo de la reina Leonor había alegado que los franceses no podrían acostumbrarse al nombre de Urraca, mientras que Blanca resultaría de lo más natural: *Blanche*. No se trataba sino de un pretexto, y todo el mundo lo sabía. Para facilitar las cosas, se despachó a unos emisarios a la corte de Portugal y Urraca se vio prometida con el heredero del trono.

Algún tiempo después de Pascua, Blanca, apenas recuperada de su asombro, se vio en camino, cabalgando al lado de la litera en la que viajaba la reina Leonor. En las paradas, su abuela hablaba de buena gana con ella y la preparaba para su papel. Le describía a su futuro esposo: un muchacho apenas mayor que ella—doce años más o menos—; muchacho al que Leonor había visto al ir a prestar homenaje a su padre, el rey Felipe. Rubio y delgado, tal vez algo frágil, de hermosos rasgos y con una mirada clara que debió de heredar de su madre, la dulce Isabel de Hainaut; tal vez guardaba también un cierto parecido con su abuelo, ese rey de Francia, Luis VII, que no era otro que el primer esposo de Leonor.³ Afirmaban que era estudioso y aplicado en las letras; su padre le había puesto unos excelentes preceptores. Blanca iba a poder completar con éstos su educación. El príncipe tenía concretamente a su lado, designado para instruirle, a un maestro de esas escuelas parisien-ses, cuya vida intelectual gozaba entonces de fama, llamado Amaury de Bène.

La reina se mostraba más reservada cuando Blanca le hacía preguntas sobre su futuro suegro, el rey Felipe de Francia, y evitaba responder si la chiquilla le formulaba

³ Remitiendo al cuadro genealógico, recordemos aquí que Leonor de Aquitania había casado con el rey de Francia Luis VII y, posteriormente, con el rey de Inglaterra Enrique Plantagenet.

otras sobre su propio hijo, el rey Juan de Inglaterra. En cambio, un nombre volvía de continuo a sus labios, el de Ricardo, al que la cristiandad llamaba Corazón de León. Ella le hablaba de las hazañas que había realizado en Oriente, en San Juan de Acre o en Jaifa; recitaba sus poemas, contaba que, excelente músico como era, no podía soportar el oír cantar mal, y que un día, en un monasterio, se había puesto a recorrer de un extremo a otro el coro marcando el ritmo con las suelas de sus botas, para incitar así a los monjes a acordar mejor sus voces. Decía que, a la misma edad de Blanca—doce años—, le habían prestado homenaje los barones lemosines y le habían puesto en el dedo el anillo de santa Valeria en la catedral de Limoges. Describía la hermosa túnica de seda rosa, bordada de medialunas de plata, que ella misma, Leonor, había mandado hacer para sus bodas, en Chipre, con la reina Berenguela.

Leonor y Blanca habían hecho juntas una etapa en Burdeos; la vieja reina recordó su propia boda en esta ciudad, celebrada en la catedral de San Andrés, y las fiestas que a ella siguieron en el palacio de la Ombrière, donde precisamente se encontraban en aquella etapa. De repente, unos mensajeros irrumpieron en la habitación. Uno de ellos dijo algunas palabras en voz baja, y Blanca vio a su abuela palidecer y tambalearse. Venían a anunciarle que un tal Mercadier acababa de encontrar la muerte en una pendencia que, por una causa desconocida, había estallado entre unos salteadores de caminos de su compañía y los de otro cabecilla de partida, Brandin. Mercadier, a la cabeza de una compañía de arqueros, había estado largo tiempo al servicio del rey Ricardo y acababa de darle escolta en Castilla. Verdadero canalla como todos esos salteadores de caminos, gente de mal vivir, que hacían de la guerra su oficio y de sus pillajes hazañas, no por ello había dejado de servir fielmente a su hijo. Estaba a su lado

cuando, al pie de las murallas del castillo de Châlus, Ricardo recibió la flecha que había de herirle de muerte. Esta penosa noticia, recibida justo en el momento en que hacía de nuevo su entrada en el reino de Francia, cuando traía consigo a la heredera elegida por ella, debió de parecerle a Leonor un mal presagio.

Desde la muerte de Ricardo, tras dejar el convento de Fontevault que ella había elegido para su retiro definitivo, Leonor se empleaba con todas sus energías recobradas en salvar lo que aún era salvable del reino de los Plantagenet. No se hacía ninguna ilusión respecto al valor de su hijo Juan, al que la Historia llamaría Juan sin Tierra. La reina había tenido cinco hijos de su segundo esposo Enrique II de Plantagenet. La fatalidad había querido que los cuatro mayores sucumbieran, dejando a su hijo menor la pesada herencia de Francia, el Poitou y la Guyena, que hacía de los Plantagenet la dinastía más rica y poseedora de los más extensos territorios. Pero Juan no tenía madera de rey. Inteligente, sin duda lo era, como todos los hijos de Leonor, pero llevando al extremo esa inestabilidad que había sido ya la desgracia de su padre; incapaz tanto de cumplir la palabra empeñada como de mantenerse firme en cualquier decisión que hubiera tomado. Éste era un defecto muy grave en unos tiempos en los que el equilibrio entero de una sociedad descansaba en la palabra dada, en los compromisos de hombre a hombre, en que un rey no podía contar ni con su administración, ni con su ejército, ni con las finanzas del Estado, sino únicamente con la fidelidad de los otros señores de su reino. Además, Juan resultaba, en lo personal, inquietante incluso para su propia madre a pesar de toda la deferencia que él le demostraba: desde la edad de siete años, rehusaba la Santa Comunión; había de ser el único rey de Inglaterra de la Historia en no recibir los sacramentos con ocasión de su coronación; en cambio, como mu-